

MAHFUD MASSIS

Don Antonio de Undurruga, o el hombre del trapecio

CONOCIMOS a don Antonio de Undurruga Pérez y Cotapos hace unos tres lustros. Era un joven blanco, de voz aflautada, y tenía sobre los labios un rictus triste. Era la época de la pobreza y la soledad amarga. La época de la «Sinfonía del Traje Unico». Pero don Antonio de Undurruga escribió la «Sinfonía del Traje Unico», cuando tenía doce ternos en su ropero de Buenos Aires.

En aquel entonces le quedaban algunos ideales: hacerse conocido en Chile y en América, sin que los medios le importaran gran cosa. Aspiraba a escribir un poema como el «amo el amor de los marineros, que besan y se van», porque, según su expresión, era especial para abrirse cancha. Saludaba con profundas inclinaciones, cuando se entrevistaba con algunos directores de periódicos, y se ponía expresamente un sombrero para tener ocasión de sacárselo, demostrando así veneración y respeto. Conocía el arte de la genuflexión, este aristócrata venido a menos, en tanto oteaba en el horizonte la imagen del día que viniera a salvarlo.

Por aquellos días, en las asambleas radicales, un hombre abría el abanico de su sonrisa, mirando hacia el solio de los Presidentes de Chile. Venía de La Serena. Sus sueños y sus promesas se desplazaban con la velocidad de su futuro avión de turismo. Manos hambrientas y renegridas miraban en él al salvador de la patria, pero él dietó una

ley que aniquiló el gesto de esas manos, y levantó alambradas de púa en Pisagua. A esa sonrisa resplandeciente adhirió el joven poeta.

Una tarde llegó con dos solicitudes. —Debemos ingresar al Partido Radical— me dijo. —González Videla será Presidente de Chile, y él nos enviará como agregados culturales al Continente. Arrojamós la nuestra al canasto de los papeles, sin contestar. La suya se elevó con raudas alas, que lo transportaron a la secretaría de la Embajada de Chile en Argentina. Entonces tuvo automóvil, frigidaire, una casa propia.

Nosotros vivimos en la heroica pobreza. Conocimos las noches terribles del Chile austral, después de los rigores, injustos y despiadados, de la Ley creada por el sonriente aventurero de la Antártida.

Don Antonio, entretanto, escanciaba whisky en Buenos Aires, —aunque él no bebe sino agua destilada— con parvas de fabricantes de sonetos. El Río de la Plata acrecentaba su cauce con la baba soñolienta e idiota de los ilustres bardos, y don Antonio les convencía que esa baba era poesía pura, lirismo providencial. Entonces ellos retribuieron su gentileza publicando un homenaje, (redactado por don Antonio), al joven poeta chileno, y aun aparecieron firmando escritores que ni habían firmado ni conocido el manifiesto. Por algo don Antonio opina que el poeta tiene algo de mago, lo que revela en su teoría estética, enunciada tantas veces: «hay que hacer una flor propia con pétalos ajenos». Magia pura.

De aquellos tiempos en que don Antonio andaba «in puris naturalibus», pobre y resentido, guardo un recuerdo especialísimo. Vivía en un tercer piso de la calle Cienfuegos. En su dormitorio, exactamente encima del lecho, había instalado ¡UN TRAPECIO! Era un trapecio magnífico, como solamente se ven en los gimnasios. Estaba fijado al techo por largos tornillos. Cada noche, en el

instante en que se colocaba su camisa de dormir y un pequeño gorro de lana —curiosos arreos de casta— don Antonio se colgaba del trapecio, y hacía una flexión, una sola, para acostarse rendido después del ejercicio. ¿En qué lugar adquirió ese trapecio? ¿Lo compró? ¿Lo había heredado? A pesar de nuestra amistad, nunca pude penetrar ese hondo misterio. Pero desde aquel entonces, ese trapecio se convirtió en el símbolo de toda la existencia del joven equilibrista.

Otro símbolo menor era su blanco cuello duro, que nunca abandonó, ni siquiera en los instantes más negros y miserables de su vida, que fueron muchos. Ese cuello, en los peores días, parecía un albo cisne zurcido, descuerado y melancólico.

¡Pobre don Antonio! No pudo resistir el recuerdo de los cercanos años de miseria, ante el fulgor inesperado de los denarios fiscales! Comenzó a podrirse, y sobre la tierra vegetal nacida de su propia descomposición, empezaron a florecer sus escondidas pasiones.

En Chile había escrito un libro que él estimaba, ingenuamente, un ensayo, hecho a base de citas de otros autores. Nos referimos a «Arte Poética de Pablo de Rokha», en que pretendía analizar al gran poeta. Pues bien, en Buenos Aires hizo decir a un tonto muy erudito de apellido Bajarlía, que dicho libro había sido escrito en un momento de confusión, y que, todo cuanto decía sobre Pablo de Rokha, no estaba dicho sobre Pablo de Rokha, sino sobre el mismísimo ilustre don Antonio, en la autocrítica más peregrina y descomunal que vieran los siglos. Había aprendido a morder la mano que antes besaba por necesidad o por miedo. Pero él tenía, felizmente, varios años de práctica en el trapecio, y esa voltereta era en él tan natural como respirar o escribir poemas a los congresos radicales. Estos poemas poseían la virtud de mantenerlo en su puesto, y en consecuencia le permitían pagar las cuotas del frigidaire, del automóvil,

y del mundano sastrero que le inspiró su «Sinfonía del Traje Único».

Valiente pájaro, pensarán algunos. Pero estas son apenas leves pinceladas de la vida picaresca y romántica de don Antonio, cuyas peripecias en los tiempos difíciles le enseñaron algunos trucos un tanto cínicos que puso oportunamente en práctica.

Recientemente ha salido a luz una última habilidad literaria de don Antonio. Es una Antología poética de habla hispana escrita por un animal. Así, como suena. El Rey Salomón, que entendía el lenguaje de los animales, no pensó, ni en sus mejores momentos, que alguno de ellos era capaz de hacer una antología de poemas. En efecto, el autor del volumen es un caballo, y, para más señas, un «Caballo de Fuego». Don Antonio, consciente de su incapacidad para estudiar la poesía de hispanoamérica, prefiere poner a un animal como autor de sus propios trabajos. En realidad, para ser un perfecto animal, no están malos del todo, pero para ser de un escritor, aunque se trate de don Antonio, la cosa huele a podrido. No falta quienes opinan que el animal y don Antonio son una misma cosa, y que, en consecuencia, la responsabilidad literaria, la comparten el caballo y el susodicho don Antonio. Es un caso de licantropía digno del más acucioso estudio. Las teorías de don Antonio, a través del rocinante, resultan originales, y hasta graciosas, y por la organización de la Antología parece que el rocín estaba borracho cuando la proyectara. Don Antonio divide el libro en escuelas y tendencias; a) Modernistas, b) Idealista y metafísicos, c) Renacentistas Hispánicos del Siglo Veinte, d) Voces intermedias, e) Vernaculistas y poetas del diario vivir, f) Las tendencias oníricas, y g) Americanistas y civilistas.

Como los caballos no tiene un discernimiento claro en materia de escuelas literarias, el que nos ocupa hace figurar a Alfonsina Storni entre los poetas «Americanistas y Civilistas», con un poema

cuyo primer fragmento reproducimos, sin que podamos descubrir su civilismo o su americanidad, por mucho esfuerzo que hagamos:

«Yo tenía un amor,
un amor pequeñito,
y mi amor se ha ido.

¡Feliz viaje, mi amor, feliz viaje!

Don Antonio estima que el poema es americanista, probablemente, porque el viaje a que alude la estrofa, y el poema en general, es un viaje a través de América. Pero eso la poetisa no lo dice. Don Antonio lo adivina con sus ojos de azor, o con su instinto de caballo.....

Con el mismo criterio está hecho el resto de la **selección.**

Empero el Lazarillo de Tormes criollo, «se pisó la huasca». Creyó que la Antología entregada hace tres años al impresor, iba a aparecer cuando él estuviese reinando en gloria y majestad en la secretaría de la Embajada de Chile en Buenos Aires. Pero el genio del anillo, encarnado en el oanciller Olavarría, lo transportó en una alfombra mágica a Santiago de Chile. El esperaba que las turbias injusticias que implicaba su burda antología para con los escritores chilenos, y sus correspondientes protestas, le sorprenderían en la ciudad del obelisco. ¿Qué le importarían a él los gritos de unos cuantos desarrapados compatriotas suyos, cuando él tenía el Río de la Plata a los pies, una buena soldada, y un hermoso manifiesto en que se certifica que es un poeta? Por desgracia para él, la antología apareció cuando estaba en Chile, y mientras imploraba entrevistas en los ministerios para ser repuesto en su cargo.

El autor de «Recabarren, o el líder del sudor y el oro», ha traicionado a los poetas y a la poesía de Chile. Traicionó los principios que sustentaba cuando tenía solamente un traje, principios de lealtad que nosotros tratamos de inculcar en su alma impermeable. Ahora utiliza el tono peyorativo con

poetas como Pedro Salinas o Cernuda, ante los cuales se arrodilló antaño, y a quienes recitaba con los ojos cerrados. Ahora publica en su Antología estúpidos sonetos, después de haber escrito el artículo más tonto de los últimos veinte años, que intitulara: «Caducidad del Soneto».

Su cinismo no debe sorprendernos, pues, luego de calificar a la Agustini como «una de las más altas expresiones de la poesía femenina», le concede sólo UNA página en su Antología, en tanto don Antonio figura nada menos que con SEIS. La caridad comienza por casa.

Olvidó en Chile, para nombrar sólo a los jóvenes, a Gustavo Ossorio, Omar Cáceres, Braulio Arenas, Enrique-Gómez Correa, Joaquín Martínez Arenas, Eduardo Anguita, Roque Esteban Scarpa, Nicanor Parra, Carlos de Rokha, Hugo Goldsack, Reginaldo Vásquez, Ricardo Marín, Jaime Rayo, Wadhy Barrientos, Estela Díaz, Irma Astorga, Raquel Jodorowsky, Julio Tagle, Víctor Lohenthal, Moisés Maldonado, Dámaso Ogaz, Venancio Lisboa, y al propio Ricardo Navia, a quien tan hipócritamente prologara, entre otros. Algunos de ellos fueron estimados por don Antonio como lo más representativo de la poesía de Chile, cuando le quedaba todavía un adarme de honradez y no estaba pervertido por el oportunismo. Acaso arguyera que no podían ir algunos de los nombres mencionados en una antología en donde cada país aporta una cuota limitada de nombres. Ello es aceptable. Pero tampoco es menos cierto que el menos dotado de los poetas nombrados es evidentemente superior a algunos papanatas glorificados por don Antonio.

Con respecto al autor de estas líneas, lamento tener que citar las propias palabras del vate de «Red en el Génesis», frases de elogio y admiración, con las cuales azoto, como con un guante, su rostro de pedernal y su cabeza de adobe:

«En esta zozobra ya aludida, mejor dicho, desagrado suyo con el medio social y sus hombres, se

da en su poesía lo que en concepto de Ganimet debe llamarse un arte decadente, siendo en la cultura latina sus iniciadores, ya tan célebremente conocidos: Baudelaire, Lautreamont, Rimbaud, Corbiere, etc. Finalmente, en nuestros días, y en forma muy especial, tratándose de la literatura chilena, sin disputa es Pablo Neruda su representante más alto, con su obra «Residencia en la Tierra». PERO MAHFUD¹ MASSIS, UTILIZANDO UN ARTE POETICO MULTIPLE, EN NO PEQUEÑA MEDIDA DE ESTURPE SIMBOLISTA, DESPLAZA SU ZOZOBRA, SU AGONIA, HACIA ZONAS MAS ALTAS». (Fragmento de un ensayo publicado en el N.º 2 del Boletín del Círculo de Amigos de la Cultura Árabe).

A cambio de sus frases, don Antonio no recibió ni el menor elogio nuestro, ni rendimos homenaje a sus absurdos defitropos, a sus anacrónicas fábulas, ni a sus epitafios grotescos. Transcribimos una de sus «fábulas» (¡oh, Esopo!), seleccionada por él mismo, en la que surge un claro fermento de autoacusación:

«Escribe con la punta de las llamas.
Sólo al caracol
es dado hacerlo con saliva».

Esto lo escribe don Antonio sólo para la exportación. La realidad es otra. Vergonzosa y terrible, para los que llevamos en alto nuestro consciente orgullo de escritores, de poetas. Ahora don Antonio podría decir: «Escribe con la punta de la saliva...». Lo otro estaba bien en Buenos Aires, donde no tenía que arrastrarse, pues la soldada fiscal le permitía balancearse en el trapecio de las ideas sublimes, sin ningún compromiso con la existencia. Podía ser un idealista, lleno de sabiduría y dignidad. Ahora, abandonado de la mano de Dios, (léase canciller Olavarría), rueda triste y mendicante, sin rastro de decoro, por los pasillos del Ministerio de Relaciones Exteriores, de donde fuera antes echado. La última noticia en circulación es

la siguiente: Don Antonio presta sus servicios, **TOTALMENTE GRATUITOS**, en la biblioteca del Ministerio de Relaciones, porque ahí tiene la ocasión de lamer la mano de algunos funcionarios de buen corazón. Su dignidad de aristócrata se conforma con hacer un profundo saludo, al sacarse airosamente el sombrero, cuando entra a la oficina en las mañana. ¿Qué mejor remuneración? Un día conseguirá, a través de esos mismos funcionarios piadosos, una entrevista con el Ministro, y se echará a llorar sobre su pecho. Le contará sus congojas, sus aspiraciones, sus viejas cuitas. Así podrá salir, probablemente, un día al exterior, donde no le conocen. Y así funcionará otra vez su viejo trapecio de la calle Cienfuegos...
